

La diplomacia argentina en la Revolución Rusa

Historias y desventuras del Embajador Naveillán en tierra de los Soviets

Hernán Etchaleco

Centro de Altos Estudios de Europa Central y Oriental

Los acontecimientos que transformaron decisivamente a Rusia en 1917 gozaron, por su carácter universal, de amplia difusión en la prensa y los círculos políticos argentinos. Tal vez porque a partir del mes de febrero de ese año, el enorme imperio euroasiático comenzaba a transitar caminos que no les eran extraños a los criollos sudamericanos. Las transiciones democráticas en Argentina y Rusia gozaron del privilegio de la contemporaneidad. Si bien los derroteros que sufrirían ambos procesos habrían de ser ostensiblemente disímiles, tenían ejes de debate común: el sufragio universal, la garantía de los derechos civiles y políticos y las potencialidades económicas de desarrollo, entre otros.

El 16 de marzo, *La Nación* publicaba en su sección diaria dedicada a los acontecimientos de la Guerra, la noticia acerca del estallido de la revolución en el imperio de los zares. En líneas generales, el periódico se mostraba favorable a los sucesos ocurridos en Rusia. Con grandes titulares hablaba del "Gran acontecimiento político en Rusia" y saludaba a la revolución como un "triumfo de las fuerzas anti-alemanas". Del mismo modo, el gobierno de Yrigoyen revalidaría el 3 de abril de ese año, las credenciales de Eugene Stein, el antiguo ministro plenipotenciario de Rusia ante la Argentina. En efecto, las relaciones bilaterales entre ambos países habían sido tradicionalmente amistosas desde finales del siglo XIX, cuando se realizó el primer intercambio de embajadores. Por tanto, Yrigoyen aceptó diligente el pedido formal ruso firmado por el entonces Ministro Presidente del Gobierno Provisional, Príncipe Lvov y su Ministro de Negocios Extranjeros, Miliukov. Por ese entonces, el embajador argentino en Petrogrado, Gabriel Martínez Campos, entablaba relaciones con el nuevo gobierno.

Sin embargo, la continuidad de las buenas relaciones entre ambas naciones se vio afectada por otro hecho no menos significativo para la historia de Rusia y la humanidad: la Revolución de Octubre. Es conocido que Argentina no reconocería al gobierno soviético hasta 1933, aunque mantuviera durante toda la década precedente un fluido intercambio comercial. Una de las razones de la hostilidad de Buenos Aires hacia las nuevas autoridades rusas hay que buscarla en la peculiar historia de quién sucedería a Martínez Campos en la representación diplomática argentina en Petrogrado.

El Dr. J. Naveillán reemplazó a Martínez Campos cuando éste hizo uso de su licencia a fines de septiembre de 1918. Luego del atentado a la vida de Lenin a mediados de ese año y el inicio de la guerra civil entre rojos y blancos, el clima político en la capital rusa se volvía cada vez menos respirable. El primer incidente se le presentó el 3 de febrero de 1919 con motivo de la detención en Petrogrado de Constantino Lianbeis, responsable del correo diplomático argentino, acusado de espionaje por las autoridades soviéticas. Naveillán logró obtener la libertad de Lianbeis, una vez que el entonces Comisario de Asuntos Externos, Georgui Chicherin, aceptara los argumentos argentinos.

Pronto, Naveillán se vería envuelto en una situación harto compleja que, al cabo de unos pocos meses lo haría deambular por varias cárceles soviéticas y lo forzaría a huir del país. La Argentina gozaba de un status privilegiado en el Petrogrado soviético, puesto que si bien no había reconocido al gobierno de Lenin, "se hacía acreedora al respeto de los

Soviets, en razón de su neutralidad absoluta". Los dichos de Chicherin, aluden a la posición de Buenos Aires durante la Primera Guerra Mundial. De hecho, el 2 de junio de 1919, el gobierno soviético allanó los locales de todas las representaciones foráneas, con excepción de las embajadas de Argentina, Persia y Rumania. En el proceso, se llegó a encarcelar alrededor de 76.000 extranjero, cifra que incluía funcionarios diplomáticos de todos los rangos y nacionalidades. No obstante la excepcionalidad de la delegación argentina, Naveillán tomó sus recaudos: destruyó la clave telegráfica, los telegramas cifrados y otros documentos de importancia que se hallaban en el archivo.

Naveillán, en tanto, tenía a su cargo desde el 16 de febrero de 1919, por orden del gobierno argentino, los archivos e intereses de Grecia. Esto ocasionó su detención, ya que "aunque el poder de los Soviets no se consideraba en estado de guerra o de enemistad con la Argentina, no podía admitir que ese gobierno se hiciera protector de los intereses de países que se hallaban manifiestamente en estado de guerra con Rusia." Luego del comunicado soviético, un procedimiento en la embajada de Persia dio con Naveillán y lo envió a la cárcel con las mismas prerrogativas de un ciudadano común.

Por ese entonces las comunicaciones entre Rusia y el resto del mundo habían sido cortadas por el bloqueo militar desplegado por el "Consejo Aliado" luego de la revolución. El último despacho que llegó a Buenos Aires emitido por Naveillán solicitaba al gobierno argentino que lo retirara de Petrogrado donde corría riesgo de que lo "asesinaran o se muriera de hambre". Sin esperar respuesta alguna de parte de sus superiores, el embajador argentino luchaba por sobrevivir.

Más tarde, el gobierno ruso concedió la libertad a Naveillán y lo autorizó a abandonar el país por la frontera con Estonia, Estado recientemente independizado con el que se había firmado un armisticio a inicios de 1920. En tanto preparaba su viaje, un contingente de guardias rojas detuvo nuevamente a Naveillán y secuestró toda su correspondencia. Mientras transcurría su tercera estancia en prisión, no se le permitió que lo vieran su esposa e hija, ni que éstas le pudieran acercar ropa o alimentos. Luego fue trasladado a la cárcel de Novo Perkovsky en Moscú, donde permaneció cinco meses y salvó su vida gracias a la amistad con el patriarca griego que cuidaba de los intereses de sus compatriotas. Finalmente, luego de ocho meses en prisión, Chicherin concedió la libertad de Naveillán y le permitió abandonar territorio ruso con la condición de que el gobierno argentino reconociera a la Rusia Soviética. Buen conocedor de los vericuetos y las presiones diplomáticas, Naveillán calculó que tal propuesta sería rechazada por Buenos Aires, por lo que resolvió huir a través de Finlandia. En abril de 1921 logró su objetivo y se instaló en Suecia.

Los motivos aducidos por el gobierno soviético para mantener en prisión al representante argentino fueron, en primer lugar, ciertos informes que llegaron a Moscú acerca de la persecución y el mal trato recibido por los inmigrantes rusos en Buenos Aires durante los acontecimientos conocidos como la "Semana Trágica". En efecto, los diarios de la época registraron lo que se conoció como la "Caza al Ruso", una campaña de agresión a esa comunidad lanzada por la presunta participación de los ciudadanos de aquel país en un complot comunista para derrocar los gobiernos de Buenos Aires y Montevideo. Al mismo tiempo, el hecho de que la Argentina se hubiera adherido a la Liga de las Naciones, organización que excluyó de su seno al gobierno revolucionario ruso, resintió la relación. Por último, la falta de reconocimiento de la Argentina hacia los Soviets decidió a Chicherin a considerar riesgoso el accionar de los representantes sudamericanos.

Poco tiempo más tarde, las cosas cambiarían cuando el mismo Hipólito Yrigoyen, sensibilizado por las crónicas de miseria y hambre que llegaban de la recién formada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas elevó al parlamento un proyecto de ley para la concesión de ayuda financiera a ese país. Basándose en los estragos que había dejado la sequía y la guerra civil, el texto de aquel documento decía:

El Poder Ejecutivo de la Nación, Buenos Aires, Septiembre de 1922

Al Honorable Congreso de la Nación,

Una cruel fatalidad aflige a toda Rusia, como es de universal notoriedad, las enfermedades y la miseria diezman las poblaciones. La República Argentina, movida siempre por impulsos nobles y generosos, no puede permanecer indiferente ante tal dolorosa situación.

No ha mucho V.H. sancionó la ley acordando un préstamo a Viena, que fue totalmente invertido en alimentos y abrigos, cuya oportunidad y eficacia han sido públicamente reconocidas. Las circunstancias tanto o más graves por que hoy atraviesa el pueblo ruso, nos induce a concurrir en igual forma a mitigar en cuando menos esa situación, enviando un transporte de la armada con alimentos de primera necesidad.

En virtud de lo expuesto, someto a V.H. el adjunto proyecto de ley acordando a Rusia un préstamo por la suma de cinco millones de pesos moneda nacional, que ese país reembolsará cuando las circunstancias lo permitan.

Hipólito Yrigoyen.

La actitud de las autoridades argentinas durante la hambruna soviética de 1922, reconocida por organismos internacionales como la Cruz Roja, favoreció el inicio de una intensa actividad comercial a partir de la segunda mitad de la década de 1920. Auspiciada por el gobierno radical de Marcelo T. De Alvear, esa política facilitó la instalación, el 20 de diciembre de 1927, de una agencia comercial soviética en Buenos Aires: la Sociedad Anónima Yuyamtorg. Sin embargo, a pesar de que las relaciones comerciales entre ambos países se intensificaron, el reconocimiento formal a la U.R.S.S. por parte de las autoridades argentinas llegó recién una vez que el gobierno de Roosevelt hiciera lo propio en 1933.

En cuanto a Naveillán, el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Federación Rusa debe conservar en sus archivos una copia de la protesta formal que el accidentado diplomático argentino le enviara al gobierno soviético desde Estocolmo y que sus autoridades nunca respondieron.